

“UN HOMBRE DECENTE”

Elena Lumbreras

Segundo Curso de Dirección

I.I.E.C.

Madrid, abril. 1961

## UN HOMBRE DECENTE

Hace una hora que ha amanecido en una mañana gris invernal en un barrio de las afueras de Madrid. Un humillo blanco sale de las innumerables chimeneas de las casas de pisos, casas grises, descascarilladas y feas, de pretendida modernidad.

De un portal cualquiera sale un hombre –Antonio García – con tres niños colgados del brazo. Antonio es un tipo alto delgado, ligeramente inclinado hacía el suelo, de ojos hundidos y caminar rápido.

Encima del brillante y rozado traje gris una no menos sobada gabardina. Bajo el brazo una abultada cartera de plástico negro.

Saludan, volviéndose hacia una ventana, con gesto habitualmente familiar. Aligeran el paso desapareciendo tras una esquina.

Ante la puerta de un colegio se detienen; deja la niña agachándose a besarla. Unas bocacalles más allá realiza la misma operación con los niños. Los saluda con la mano alejándose hacia un tranvía a punto de arrancar. Cuando sale de él se mete en el metro y después corre hacia la entrada de unas oficinas.

(Hasta aquí los títulos de crédito en sobreimpresión).

Avanza por un largo pasillo quitándose la gabardina y se precipita al pliego de las firmas. De un armario saca un guardapolvo gris, que se pone ligero mirando a un reloj de pared.

Ante una mesa empieza a realizar el típico trabajo de oficina: - escribe algo en unos papeles impresos, ordena, consulta de unos archivos, guarda algo en carpetas, recibe ordenes de un superior... todo con ademan cansado, con cierta monotonía cotidiana.

Enciende un pitillo, consulta el reloj, estira con cierto disimulo los brazos, afloja la corbata. Mira el reloj que marca las dos. Recoge los papeles ordenándolos y se quita el guardapolvo.

Con la cartera bajo el brazo entra en una tasca. Pide media botella de vino y saca con sumo cuidado unos bocadillos medio escondidos entre libros y revistas. Mientras como con rapidez lee un periódico de la mañana seguramente el “MARCA”.

Ya en la calle se dirige aprisa al Metro. De nuevo fuero entra en una tienda de aparatos electrodomésticos y saluda a los dependientes — con familiaridad, atravesando al mostrador hasta la trastienda.

Se pone a trabajar en unos libros de cuentas, sin quitarse la gabardina, Al poco aparece por la puerta un hombre alto y grueso con vivos ojillos llenos de vitalidad. Saluda a Antonio bromeando. Asegurándose que la puerta está bien cerrada se sienta misteriosamente a su lado.

-Qué hay, hombre, ¿qué tal te va?

Le da una palmada amistosa.

-Ya ves como siempre-contesta Antonio, dividiendo su atención entre lo que hace y el hombre.

- ¡Como siempre, como siempre! Pero ¿no te hartas de todo esto?

Antonio procura disimular, atendiendo su trabajo como si en ello le fuera la vida. El gordo insiste.

-Con cuatro hijos y tú nada. Parece mentida que no te decidas, ya sabes que es facilísimo-. Poco a poco se anima, mirando la puerta.

Coge el libro de cuentas, hace cálculos que va anotando en un papel. Mira al dinero que hay en una caja fuerte.

Antonio se ha ido interesando poco a poco. Le escucha atentamente con cierto temor.

-Ya sabes, iríamos a medias – le dice el gordo. No hay peligro es facilísimo. Si te decides, y debes hacerlo, no seas tonto, me llamas y concretamos. Si yo pudiera hacerlo sólo...-- Le mira desafiante, intensamente, sonriendo imperceptible ante la duda de Antonio.

La puerta se abre dejando pasar a un empleado. El gordo se despereza disimulando.

-¡Te digo que un asco chico, y eso que jugaban en casa. Y aquel gol.

Cuando el otro desaparece le alarga una tarjeta, convincente, animador.

-Aquí tienes mi teléfono. Si al fin te decides me llamas y nos vemos fuera.

Le da unas palmaditas en el hombro en un gesto de complicidad. Ya en la puerta hace ademán de marcar un número telefónico.

Antonio se queda pensativo mirando la tarjeta sin verla lleno de preocupación y duda. Se sobresalta al oír abrirse la puerta, escondiendo la tarjeta en un bolsillo interior. Sonríe con una sonrisa que puede ser natural. Se queda con la mirada fija, ausente.

Ya de noche vuelve a su casa. Las innumerables ventanas de la colonia están iluminadas. Camina pensativo, cabizbajo, absorto en sus propios pensamientos. Se mete en el portal y entra en su casa. En el pasillo se quita la gabardina y su mujer acude a ayudarlo. Es joven todavía, aunque prematuramente estropeada y viste con bastante descuido, con ropas de estar muy por casa. En brazos un niño pequeño con unos pantalones viejos a modo de pijama. Besa a su padre y se va diciéndole adiós con la manita.

Antonio los ve alejarse con cierta triste ternura.

En el comedor están los niños saltando, sobre una cama-mueble desplegada. La mesa, con muestras de haber cenado, está sin quitar. Por los suelos libros escolares, prendas de los niños, zapatos, ropa para arreglar en una cesta... La niña perseguida por sus hermanos se refugia entre las piernas de su padre, que la levanta para besarla. Aparece la madre imponiendo silencio y orden.

Trae una cacerola humeante que pone sobre un plato sucio. Se sirven sopa. Mientras los niños juegan y la madre tiene que levantarse.

Se lleva los niños a acostar. El mayorcito se acuesta en la cama-mueble.

Antonio come distraído, ausente. Su mujer no advierte nada; va de un sitio a otro recogiendo, arreglando cosas y quitando la mesa.

El marido saca de la cartera un libro de cuentas y se pone a trabajar en una mesa camilla.

El comedor se ha quedado silencioso y oscuro, iluminado solamente por la luz del flexo. El niño duerme y la madre se despide.

-Hasta luego. No tardes mudo.

El la despide con un gesto cansado de la mano y la mira alejarse paseando después tristemente sus ojos por el comedor. Arroja cariñosamente al niño. Mira a través de la ventana. Algunos coches y anuncios de neón a lo lejos...

Antonio García saca lentamente la tarjeta. La mira y empieza a marcar un número en el teléfono.

Sobre este plano, en sobreimpresión, la palabra

FIN